

Ardiendo por dentro

Gabriela Varela Villalobos.*

Pedro Bosch Giral. *Fuego en el Alma y en la Vida Infierno*.
México: FCE, 2000. (La Ciencia para Todos; 180).

Siempre he tenido la idea, tal vez errada, de que cuando somos, niños, todos sentimos cierta fijación (así lo nombran los psicólogos) por el fuego, tal vez por enigmático, por desconocerlo, o simplemente por sentir la necesidad de querer tocarlo y no poder hacerlo por largo tiempo.

Cuando era niña recuerdo que sentía una gran atracción por dicho elemento, era una necesidad de tocarlo, de verlo, palparlo, sentirlo, al punto tal, de tratar de incendiar un cuarto que se encontraba al lado de mi casa, lo único que recuerdo de aquel episodio, además del fuerte regaño que recibí, es como el fuego crecía rápidamente, lo que había comenzado sólo como una llama y de pronto en cuestión de segundos, todo ardía a mi alrededor. Lo que sentí no lo recuerdo a la perfección, lo que se encuentra grabado en mi memoria es que yo estaba contenta, todo brillaba, en mi entorno y así, al fuego, casi podía tocarlo; era tal el éxtasis que puedo recordar a este presocrático, Heráclito de Efeso, el cual consideraba el fuego como el elemento vital que le daba sentido a toda la existencia, corpórea e incorpórea de la realidad. ¡Heráclito gracias, por tu falsa y perfecta teoría!

Crecí y esas imágenes se quedaron en mi mente y probablemente por eso de manera inconsciente elegí leer a autores que abordaran, aunque fuera poco ese tema, dentro de los cuales se encuentran mis favoritos como: Julio Verne, con la temperatura que aumenta y aumenta hasta convertirse en fuego en su libro "Viaje al centro de la tierra", o Stephen King, con la niña que incendiaba cosas cuando se encontraba molesta por alguna situación, en el libro "Ojos de Fuego", o Ray Bradbury en "Fahrenheit 451" con la famosa frase "Era un placer quemar". Son autores que fueron acrecentando mi cultura, mis conocimientos y sobre todo el interés personal que siento sobre este tema, y ahora me encuentro a Pedro Bosch Giral que pone al alcance de todos, aquellas dudas o preguntas que cada uno de nosotros en algún momento tenemos acerca del fuego, por ejemplo, nos preguntamos ¿qué es? ¿Cómo se forma? ¿Cómo se propaga? ¿Qué lo provoca? etc., preguntas que nos inquietan y pocas veces logramos resolver, ya que se encuentran dispersas en innumerables bibliografías y es muy complejo averiguar, pero el autor del libro "*Fuego en el Alma y en la Vida Infierno*", se encarga de introducirnos a través de la historia de un homicidio en el cual está implícito de muchas formas el fuego, todos los temas que tengan relación con él, por muy mínima ésta que nos pudiera parecer, pero que se vinculan directamente con el concepto del fuego y durante el desarrollo de la historia nos muestra por medio de la ideología de un pirómano y a través de los personajes que hasta en su nombre tienen relación directa con el fuego, aspectos distintos del concepto del fuego.

En la trama del libro y por medio de diálogos el autor nos relata no sólo la etiología de este elemento, de manera sencilla, amena y corta, sino además cómo el fuego extermina acaba, consume, destruye y mata.

* Facultad de Enfermería y Obstetricia de León.
Universidad de Guanajuato.

A través de un paseo ideológico si consultáramos un diccionario podríamos encontrar como definición de fuego la siguiente: Fuego - Proceso físico que se manifiesta con desprendimiento de luz, calor intenso y frecuentemente llama. Pero en realidad, nosotros aplicamos este término de manera muy extensa a nuestra vida diaria, continuamente lo utilizamos en un sentido amplio con todas las derivaciones y analogías que de él pueden hacerse como llama, quemar, consumir, arder, explotar, consumirse, etc. Continuamente decimos, ¿me das *fuego*? “esta autora escribe con tanto *fuego* que resalta sobre las de su época”, decimos en ocasiones: “ese hombre encendió mi *fuego*” y hasta nombramos a dulces como “bolas de fuego”, cuando alguna comida contiene demasiado picante decimos: “esto, está que quema”, durante un enojo, “echamos chispas”, cuando queremos algo o deseamos conocer a alguien decimos “ardo en deseos de conocerlo”, entonces, nuestro lenguaje tiene giros en torno al fuego, a la combustión a consumirnos.

También decimos “el sol está que quema”, y es que pocas veces, incluso dentro de las deidades, se ha podido separar al sol del fuego, pues lo consideramos una gran masa de fuego. Y tantas analogías que se hacen con este elemento son debido a su naturaleza, a su forma de imponerse, de impactar, ¿Con alguna otra cosa podríamos hacer tantas comparaciones? Me resulta difícil pensar; pero después de todo, lo importante es que no todos los fuegos queman, por ejemplo continuamente nuestro cuerpo tiene procesos de combustión lenta, la vida humana sería imposible sin ellos; en otras ocasiones hasta nos damos cuenta que algún evento se presenta ya sea de victoria, júbilo o de paz, por medio de los fuegos artificiales y es por medio de las luces de bengala que se nos puede llegar a salvar la vida si nos encontramos perdidos en medio del mar.

Creo que a pesar de toda la literatura que nos describe la magnitud del fuego, definitivamente la realidad con la que el fuego extermina y los daños ambientales que puede provocar son inmensos. Si reflexionamos un poco podemos descubrir el impacto y el poder que tiene tan sólo el simple hecho de pronunciar la palabra “*fuego*”, desde niños se nos enseña a que en determinada situación de peligro o ante algún ataque, en lugar de gritar ¡Ayuda! o ¡Auxilio! Utilicemos la palabra ¡Fuego! y todos acudirán, tal vez por cultura altruista o simplemente por el deseo de conocer a quien le ocurrirán las cosas; yo no sé si en otros países suceda lo mismo pero puedo hablar de lo que conozco y en mi país, así es.

La verdad es que el fuego aunque fascina, atemoriza; tiene un impacto fuerte, es algo a lo que le tenemos respeto y temor, esa es una herencia que nos dejaron nuestros antepasados prehispánicos que adoraban a Xiuhtecutli-Hueheteotl “Señor del Fuego”. Él era el señor de la dualidad y representaba al mismo tiempo calor (fuego) y vida, es tan antiguo que por eso lo llamaban Hueheteotl “Dios Viejo”. A él se le ofrecía una de las más importantes ceremonias, la llamada del “Fuego Nuevo” que se realiza cada cincuenta y dos años, este dios era signo de respeto y de veneración.

Y hablando de temor y respeto al fuego, el que más miedo y respeto nos infunde es el fuego pasional; el que no en pocas ocasiones, desde edades tempranas nos enseñan a exterminar o como mínimo mitigar, no lo hacemos por complejos, por culpas que nos puede acarrear o hasta por enfermedades que nos puede provocar, es por una razón más profunda: simplemente es el más peligroso, es el de que nadie nos podemos escapar, porque lo traemos dentro, nos llega a quemar y al no apagarlo nos consume, nos extingue y aniquila, es el que repercute más en nuestras vidas, si no se trata de apagar, nos trastorna, nos vuelve briosos o impotentes, tristes o felices y si no que Sigmund Freud o Donatien Alphonse Francois Marques de Sade me quiten la razón.

Cuando me refiero ya al fuego como elemento, lo peor es cuando observamos las consecuencias que tiene cuando tenemos la oportunidad de interactuar directamente con los daños provocados por

él, les puedo asegurar que sentirán una gran impotencia por el hecho de no poder hacer nada; en mi práctica, recuerdo a un hombre quemado de la piel, con dolores tremendos a causa del fuego y dolores por los rechazos humanos aun más graves y profundos, debidos a su monstruoso aspecto; todo, por ser víctima del fuego y no tener un aspecto agradable a los ojos de los que lo mirábamos de forma superficial. Quien no se sobrecoge al caminar entre los escombros que deja un incendio en un bosque o en un edificio. El fuego siempre nos devuelve el tamaño ante la naturaleza desbocada.

Sin embargo el fuego no sólo es destrucción y dolor, es energía y luz, es calor y movimiento, nuestra vida moderna es inconcebible sin el fuego “domesticado” encerrado dentro de los motores de automóvil y expulsado por las turbinas del jet. El fuego nos trae y nos lleva, nuestras casas se calientan y mientras escribo recuerdo aquel lejano fuego que alimenta la turbina que genera la energía con la que esta máquina se mueve y la industria que, me viste, conforta y facilita a mi vida se alimenta.

El fuego es nada en la intangibilidad de su esencia, al quemarse se consume y en su vida fugaz libera de la materia inerte, lo máspreciado, lo encerrado por el sol desde hace siglos: la esencia pura de la vida y de la muerte.

BIBLIOGRAFÍA

Fernández, Adela. “*Dioses prehispánicos del México*”, 1a. ed., Panorama editorial, 1992.

Enciclopedia Británica. Fanfa Guayac , tomo VII, México 1986.

Dedicado a: Alexander Weisshappel